

FORMACIÓN DE UN CORAZÓN APOSTÓLICO

1. La situación de Europa
2. Es urgente y necesario el testimonio activo de los religiosos.
3. Formar un corazón de apóstol.

1. La situación de Europa.

“¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos.”¹

En muchas ocasiones se ha hablado de la situación de Europa, recurriendo sólo a lamentos y dificultades. No queremos pecar de idealistas ni permanecer ciegos frente a hechos que por sí solos muestran una realidad. Pero aplicar adjetivos que *a priori* descalifican cualquier labor o lo consideran inútil, es un signo de haber perdido la esperanza. Por ello, el párrafo antes citado de Juan Pablo II quiere portarnos una bocanada de aire fresco. La visión de la realidad para un cristiano, y con mayor razón, para un alma consagrada, debe depositarse siempre en los sólidos cimientos de una gran esperanza.

Considerar la realidad como un campo enorme donde ejercer el apostolado no es fruto de una ingenuidad o un esfuerzo mental para ocultar la verdad. Es fruto de la seguridad que nos da la fe al saber que, si hipotecamos todo en Cristo, Él no se quedara con los brazos cruzados. Es tener la visión de que muchas almas aún están esperando el anuncio de la Palabra.

Al tomar un ejemplo demasiado común en nuestros días, como es el de la falta de las vocaciones, el planteamiento tradicional es el de analizar las causas externas, las causas internas de la problemática, siendo que deberíamos comenzar por preguntarnos cuánto se ha cultivado la vida cristiana, cuánto se ha “re-evangelizado” la Europa. En forma práctica, no teórica. Bajando a la realidad y no quedándonos en seminarios, cursos, libros y planes que hablan de la pastoral. Cuántos hemos considerado seriamente la *nueva evangelización* como un proyecto posible y urgente para Europa. Sólo así consideraremos a Europa como un océano apto para pescar y no un océano para naufragar.

Es esta la visión que tiene el Papa de Europa, porque él tiene fe y esperanza en el futuro, contrariamente a lo que muchos europeos, mujeres consagradas incluídas, pueden estar sintiendo ante los retos y las dificultades que les toca afrontar: “Esta pérdida de la memoria cristiana va unida a un cierto *miedo en afrontar el futuro*. La imagen del porvenir que se propone resulta a menudo vaga e incierta. Del futuro se tiene más temor que deseo. Lo demuestran, entre otros signos preocupantes, el vacío interior que atenaza a muchas personas y la pérdida del sentido de la vida”.²

Y en esta confianza en el futuro que tiene el Papa, juegan un papel muy importante las mujeres consagradas: “(las religiosas) están llamadas a poner la propia existencia al servicio de la causa del Reino de Dios, demandando todo e imitando de cerca la forma de vida de Jesucristo, desempeñando un papel eminentemente pedagógico para el pueblo de Dios”.³

¹ Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 6.1.2001, n.58

² Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 8

³ Juan Pablo II, *Mensaje a la plenaria de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica*, 21.9.2001

Analizaremos brevemente la situación de Europa para darnos cuenta de la necesidad que tiene de ser re-evangelizada.

Hoy este continente vive un tiempo en donde se ha empeñado por construir la sociedad civil al margen, en contra o prescindiendo de Dios. Y esto ha generado como consecuencia el ofuscamiento de la esperanza: “Esta palabra se dirige hoy también a las Iglesias en *Europa, afectadas a menudo por un oscurecimiento de la esperanza*. En efecto, la época que estamos viviendo, con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Tantos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo. Hay numerosos *signos preocupantes* que, al principio del tercer milenio, perturban el horizonte del Continente europeo que, « aun teniendo cuantiosos signos de fe y testimonio, y en un clima de convivencia indudablemente más libre y más unida, siente todo el desgaste que la historia, antigua y reciente, ha producido en las fibras más profundas de sus pueblos, engendrando a menudo desilusión”.⁴ Los hombres en Europa parecen vivir como si el presente fuera lo único real, lo único verdadero y de esta manera pierden toda esperanza en el futuro. Viven desorientados porque no tiene una meta clara en el futuro, que les sirva como punto de referencia; no saben a dónde ir. Viven inciertos, pues al haber perdido *el norte* en la vida, no tienen certezas validas, relegando todo al más completo subjetivismo, como quien vende todo al último postor que pueda ofrecerles un poc de felicidad. Se encuentran sin esperanza en la vida, pues la han fincado sobre los bienes y la felicidad terrena.

Y como señales de esta ofuscación de la esperanza encontramos la pérdida de la memoria y la herencia cristiana. Los europeos, se han concentrado en la edificación de una *civilización laica*, sin referencia ni espacio alguno para Dios, tratando de cancelar toda injerencia de lo divino en este nuevo tipo de sociedad en la construcción de este nuevo tipo de sociedad,⁵ buscando a toda costa cancelar cualquier ligamen con su pasado, rico en valores cristianos. Renuncian por tanto, a buscar en el pasado las razones para construir el futuro, sujetándose, sin darse cuenta, a la inexorable verdad de que *quien no recuerda su pasado, no tiene futuro*. Así, hoy en día, “muchos europeos dan la impresión de vivir sin base espiritual y como herederos que han despilfarrado el patrimonio recibido a lo largo de la historia”.⁶

En Europa, algunos creen que el mensaje cristiano es algo que pertenece al pasado y que no tiene nada que ver con el presente. Aceptan y reconocen el papel que desempeñan los valores cristianos en la construcción del continente, pero niegan su validez o su aplicabilidad y eficacia en la práctica. La fe se ve como una vivencia estrictamente personal y se la quiere reducir al ámbito cultural, reduciendo el radio de aplicabilidad del proyecto cristiano a las realidades terrenas.

Mencionábamos también el miedo al futuro, pues *del futuro se tiene más temor que deseo*.⁷ Se cultiva una imagen del futuro vacía de todo sentido sobrenatural que llevan a concepciones inmanentistas en donde los criterios eficientistas y economicistas, reducen el futuro a un mero intercambio costo-beneficio. De ahí se desprenden los proyectos del aborto, la eutanasia y todos aquellos que corroboran en la práctica el análisis del futuro bajo la mentalidad antes mencionada.

Pasando al aspecto personal, se asiste a una fragmentación de la existencia. La persona no es ya, o ha dejado de ser, una unidad. Requirida por múltiples intereses y sin una verdad que le sirva de sostén y de punto de referencia, el europeo del tercer milenio se deja guiar por aquellos fines que más puedan ayudarle a conseguir su felicidad temporal y reacciona duramente frente aquello que

⁴ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 7

⁵ Todorv Tzetan, *Il nuovo disordine mondiale*, Garzanti libri, 2003

⁶ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n.7

⁷ *Ibidem*. n.8

considera como amenaza para esta vida. Vemos por tanto el aumento de una indiferencia ética por centrarse en intereses egoístas. Asistimos también a un exacerbado cuidado de sí mismo (cuantos “fitness clubs” y cuanto enriquecimiento personal a costa de otros), a grandes crisis de la familia, en donde el concepto de familia no se sabe en donde ha quedado.

Junto con este afán de individualismo, se da una disminución por la solidaridad inter-personal. Si bien es cierto que existen grandes y bien organizadas instituciones de voluntariado y beneficencia, se deja a un lado la parte del sostenimiento inter-personal. Muchas de esas acciones se realizan a nivel de filantropía en donde la satisfacción personal de quien ayuda puede pesar más que la acción o la persona a quien se ayuda.

Curiosamente sabemos que el hombre no puede vivir sin esperanza, pues quedaría reducida a la inmediatez y llegaría a ser insoportable a sí misma.⁸ De esta manera el europeo, sin reconocer los valores cristianos, pone su esperanza en realidades temporales, efímeras y frágiles. “De este modo la *esperanza*, reducida *al ámbito intramundano* cerrado a la trascendencia, se contenta, por ejemplo, con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de *New Age*”.⁹

2. Es urgente y necesario el testimonio activo de las religiosas.

Podría parecer un panorama desconsolador. Y así es para quien lo juzga desde el punto de vista humano. No cabe duda que día a día, Europa se aleja más de lo que debería ser una sociedad fundada en valores humanos y cristianos.

Pero para quien ve con ojos sobrenaturales, quien tiene puesta su esperanza en Cristo y sabe que “más allá de toda apariencia, y aunque no vean aún los resultados, la victoria de Cristo ya se ha realizado y es definitiva. Esto es una orientación para afrontar los acontecimientos humanos con una actitud de fundamental confianza, que surge de la fe en el Resucitado, presente y activo en la historia”¹⁰, el futuro se presenta “como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de aguzar la vista para verla y, sobre todo, tener un gran corazón para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos”.¹¹

Estas realidades, dolorosas y difíciles de superar, están ahí para ser transformadas por las religiosas, no para ser contempladas. A veces los cristianos (religiosas y religiosos incluidos) nos parecemos más unos eternos plañideros, magníficos en analizar la situación del mundo, prontos para dar salvaciones teoréticas y esquemáticas, pero lentos y torpes en el actuar, en el ser eficaces, pues mientras los enemigos de Cristo trabajan con tanques y bombas, nosotros les hacemos frente con alfileres. Debemos insistir. Las realidades está ahí para ser transformadas, no para ser contempladas y convertirse en lamentos o parapetos de nuestro conformismo, pereza o comodidad. “La profesión de los consejos evangélicos, al hacer a la persona totalmente libre para la causa del Evangelio,

⁸ Sínodo de los Obispos, Segunda Asamblea Especial para Europa, *Mensaje final*, L'Osservatore Romano, 23.10.1999, p.5

⁹ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 10

¹⁰ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 5

¹¹ Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 6.1.2001, n.58

muestra también la trascendencia que tiene para la misión. Se debe pues afirmar que *la misión es esencial para cada Instituto*”.¹²

Corresponde por tanto a las religiosas el deber de dar un sentido a quién ha perdido el sentido de la vida y a su vez se han perdido construyendo la ciudad de los hombres, prescindiendo de Dios. Corresponde a las religiosas hablar de valores duraderos a quienes han elegido como valor lo efímero y lo intrascendente. Corresponde en fin a las religiosas, cambiar el rostro de la Europa. Y esto es así porque las religiosas viven el valor absoluto de Dios, del cual los europeos, sin saberlo, tienen tanta necesidad. Inciertos y desorientados, buscan, sin saberlo, un punto de retorno para sus vidas, un punto donde anclar, firme y duradero. “La *aportación* específica que las personas consagradas pueden ofrecer al Evangelio de la esperanza *proviene de algunos aspectos que caracterizan la actual fisonomía cultural y social de Europa*. Así, la demanda de nuevas formas de espiritualidad que se produce hoy en la sociedad, ha de encontrar una respuesta en el reconocimiento de la *supremacía absoluta de Dios*, que los consagrados viven con su entrega total y con la conversión permanente de una existencia ofrecida como auténtico culto espiritual.”¹³

Los europeos escucharán con atención y respeto las palabras de los religiosas; pero sólo se sentirán atraídos por el ejemplo de vida que ellas pueden darles. Ver a una persona vivir con radicalidad el seguimiento de Cristo, darse a Dios, hará que ellos se replanteen muchas cuestiones fundamentales de su vida.

Conforme pasa el tiempo y se agrava la situación, es decir, al cobrar más fuerza el laicismo, se irán olvidando los valores humanos y cristianos y serán las religiosas quienes deberán recordárselo a los europeos. Como los antiguos religiosos que con su labor de amanuenses legaron a la humanidad los tesoros de los clásicos, así las religiosas están llamadas en el tercer milenio a ser las “amanuenses” y servir de transmisoras de los valores más humanos, olvidados por la nueva sociedad europea. Pero esta labor de ser las transmisoras de una cultura fundamentada en el amor, no se logra mientras no se tenga “un corazón grande”. No se puede ser transformador de la sociedad mientras no se tenga el corazón de apóstol. Y el celo apostólico, el sentido de la misión, la urgencia de transformar el mundo, de llevar a cabo la misión, no se logra de la noche a la mañana. Es necesario formar este corazón de apóstol.

3. Formar un corazón de apóstol.

a. Tener conciencia de la misión.

Formar un corazón de apóstol requiere, entre otras cosas, tomar conciencia de la misión. Es decir, reconocer que con la vida consagrada se puede transformar el mundo. No se trata de caer en vanos formulismos, en soberbia o en idealismos insustanciales. Se trata más bien de reconocer que el estilo de vida que Dios ha ideado para la vida consagrada, sirve de testimonio y de levadura de transformación para la sociedad en la que se vive.

Si bien la sociedad europea vive momentos de alejamiento de la cultura cristiana, su misma cultura anti-cristiana reclama, por el vacío trascendental que provoca, una presencia de valores perennes y trascendentes. En la actualidad los cristianos y aún más, los consagrados, con su estilo de vida (si es real y radical) sirve de testimonio silencioso para la re-conversión de esta sociedad semi-pagana. El europeo, inconscientemente, se asfixia con los valores materiales y perecederos en los que está apostando su vida. Esta asfixia sin embargo, es lenta y por ello no se da cuenta que avanza hacia una muerte, hacia una tristeza infinita. En este camino hacia esa nada, la presencia de

¹² Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 25.3.1996, n. 72

¹³ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n.38

personas que viven *radicalmente* unos valores, sirven de imán, aunque sea por curiosidad, hacia estas personas que van sin dirección, pero rumbo al ocaso. La forma de vivir la vida, por sí misma diferente, atrae.

No por ser silencioso deja de ser eficaz el testimonio. La eficacia de este testimonio se basa, en primer lugar en la convicción que tenga el consagrado de que su vida, aún escondida en el lugar que la obediencia le destine, es medio para lograr la transformación. Debe crecer en lo que está viviendo. De lo contrario ¿Cuál será su testimonio?. “Y es indispensable que los sacerdotes (y las consagradas, podríamos muy bien añadir) mismos vivan y actúen en coherencia con su verdadera identidad sacramental (*o identidad religiosa*). En efecto, si la imagen que dan de sí mismos fuera opaca o lánguida, ¿cómo podrían inducir a los jóvenes a imitarlos?”¹⁴

Es necesario, por tanto, meditar en el valor que tiene la vida consagrada, para vivirla con ese sentido de apostolado. “Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la propia santificación, proponen, por así decirlo, una « terapia espiritual » para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente. La vida consagrada, especialmente en los momentos de dificultad, es una bendición para la vida humana y para la misma vida eclesial.”¹⁵

b. Una intensa vida de oración.

El corazón de un apóstol no nace de la contemplación de las necesidades del mundo. Eso sería simplemente voluntariado. El corazón de un apóstol nace y se forma al contemplar con los ojos de Cristo las necesidades del mundo y ser capaz de identificar en cada hombre y en cada necesidad el rostro de Cristo que sufre: “(Cristo) está delante de nosotros en cada persona, identificándose de modo particular con los pequeños, con los pobres, con el que sufre, con el más necesitado. Viene a nuestro encuentro en cada acontecimiento gozoso o triste, en la prueba y en la alegría, en el dolor y en la enfermedad.”¹⁶ La labor consistirá en formar el corazón del apóstol en la oración, pues es ahí el lugar donde se comienza a contemplar desde Cristo las realidades terrenas y las personas. “En realidad la misión apostólica, antes que en la acción, consiste en el testimonio de la propia entrega plena a la voluntad salvífica del Señor, entrega que se alimenta en la oración y la penitencia”.¹⁷

No debemos engañarnos y pensar que el corazón del apóstol se forma sólo en contacto con las personas, sus necesidades y aprendiendo el arte de las técnicas del apostolado. Cuando se deja a un lado la vida de oración, todo el trabajo en la misión se hace cuesta arriba, pues pierde el sentido fundamental. No se es apóstol porque se hace apostolado. Se es apóstol porque el corazón se foguea en la oración, la voluntad viene caldeada con el amor de Cristo. Valdría la pena hacerse un examen personal para saber cómo se hace oración y si la oración me lleva a la acción, al apostolado, o la tengo reservada *para mi uso personal*.

b. Fomentar el amor a Cristo.

Es en la oración donde el alma consagrada se va transformando en Cristo y va haciendo suyos, como dice San Pablo, sus propios sentimientos. Es decir, comenzará a pensar como piensa Cristo,

¹⁴ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n.40

¹⁵ Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 25.3.1996, n.87

¹⁶ Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, *Caminar desde Cristo*, 19.5.2002, n.23

¹⁷ Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 25.3.1996, n.44

a ver el mundo como El lo ve, a actuar como El actuaría. En la oración el alma comienza a amar a Cristo, pues se despoja de sus criterios, de sus puntos de vista, de sus traumas, de todo aquello que le impide ser como Cristo. Es en la oración donde el alma se olvida de sí misma para ser más de Dios. Son los coloquios, la formulación de los propósitos, la creación de los afectos de la voluntad, en donde la mujer consagrada promete y se da a la tarea de amar a Cristo. Si todo el obrar de la religiosa forma parte su ser, siguiendo el principio metafísico, *primero ser y luego hacer*, entonces la oración es la puerta por donde comenzará a amar a Cristo, para luego traducir ese amor en obras.

El apostolado, la misión, no debería ser mas que la consecuencia del amor a Cristo. Si todo el apostolado se establece como una forma de amar a Cristo, es necesario empezar amando a Cristo, y qué mejor lugar para hacerlo que la oración. “la *misión* es su mandato (de la vida consagrada) y lleva a la búsqueda de su rostro en el rostro de aquellos a los que se envía para compartir con ellos la experiencia de Cristo.”¹⁸ Si no se ha hecho esta experiencia de Cristo en la oración, si no se ha fomentado este amor por Cristo, ¿qué es lo que se ofrecerá en el apostolado?.

d. Transmitir lo que se ha contemplado.

Cuando el alma ha quedado “embelesada” por Cristo en la oración, no puede permanecer inmóvil. Lo que ha contemplado la impulsa a donarse a los demás. Pero esta donación en nuestro tiempo, si queremos formar un corazón verdaderamente de apóstol, requiere de inteligencia.

Será necesario que la religiosa sea una experta en las técnicas de transmisión del mensaje. Para ello deberá conocer la cultura en la que se mueve, la psicología de las personas con las que debe tratar, presentar el mensaje de la mejor forma posible, valiéndose de aquellos medios que la técnica hoy pone a su alcance, tener la capacidad de ser guía espiritual de las almas y al mismo tiempo organizador de actividades.

Por lo tanto, quién se da cuenta de que no puede quedarse con los brazos cruzados, porque quiere amar a Cristo transmitiéndolo en el apostolado y al mismo tiempo es consciente que las almas en Europa están esperando su mensaje, no encontrará mejor camino para formarse apóstol que el completar y acrecentar su formación humana como base a la acción apostólica.

Esta formación humana implica un estudio apasionado del carisma para transmitirlo con fidelidad y adaptarlo a las situaciones en las que desenvuelve su apostolado.¹⁹ No olvidará tampoco el aprendizaje de la metodología, técnicas y teorías apostólicas, manteniéndose al corriente a través de la formación permanente, bien sea por medio de cursillos, cursos de actualización o estudios específicos en centros académicos y culturales ad-hoc.

c. Amor por la Iglesia.

Por último, debemos tener siempre presente que toda la misión se desarrolla en la Iglesia. Las personas consagradas al formar parte de la Iglesia rinden testimonio de un grande amor por Ella, en cada una de las obras que realizan. Se trata por tanto de nutrir afectiva y efectivamente un amor por la Iglesia, representada en el Papa, los Obispos y los Pastores en comunión con la Santa Sede.

¹⁸ Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, *Caminar desde Cristo*, 19.5.2002, n.22

¹⁹ Convendría aquí recordar todo lo dicho en la Exhortación apostólica post-sinodal *Vita consecrata*, sobre el concepto de fidelidad creativa. Juan Pablo II, *Vita consecrata*, 25.3.1996, n.37

Y este amor debe sostener, hoy mas que nunca, la labor de las mujeres consagradas, especialmente: “Hoy más que nunca, frente a repetidos empujes centrífugos que ponen en duda principios fundamentales de la fe y de la moral católica, las personas consagradas y sus instituciones están llamadas a dar pruebas de unidad sin fisuras en torno al Magisterio de la Iglesia, haciéndose portavoces convencidos y alegres delante de todos.”²⁰

f. Formar un corazón eficaz.

Formar el corazón apostólico significa también, buscar lo mejor para el amado, no tener miedo a escoger los medios mas eficaces para hacer llegar el mensaje de Cristo a las personas. No querer lo mejor para el amado es indiferencia, lo contrario del amor. Y lo mejor para el amado podría ser la acción mas eficaz en el tiempo y en profundidad. No tener miedo de ponderar las obras que se deben poner en pie, que mejor expresen el amor a Cristo, respetando y valorando en todo el carisma de cada instituto. Pero siempre convendrá, en igualdad de circunstancias irse formando en el criterio de eficacia, que es escoger aquella obra que puede ofrecer mejores frutos de apostolado.

Deberá aprender la diferencia entre la eficiencia, que se reduce a hacer bien las cosas y la *eficacia*, que es hacer bien las cosas que conviene hacer. Esta conveniencia dependerá lógicamente del carisma de cada Congregación, pero la mujer consagrada debe convencerse, especialmente en Europa que los tiempos no están para hacer y llevar a cabo cualquier obra. Deberá poner en pie aquellas obras que le llevan a hacer más por Cristo en menos tiempo.

Y ese *hacer más por Cristo* significará muchas veces hacer un detenido discernimiento antes de ponerse a trabajar para valorar si la obra, el apostolado, la acción que está por realizarse responde a las necesidades de la nueva evangelización en Europa, tan recomendada por Juan Pablo II. “El testimonio de las *personas consagradas* es particularmente elocuente. A este propósito, se ha de reconocer, ante todo, el papel fundamental que ha tenido el monacato y la vida consagrada en la evangelización de Europa y en la construcción de su identidad cristiana. Este papel no puede faltar hoy, en un momento en el que urge una « nueva evangelización » del Continente, y en el que la creación de estructuras y vínculos más complejos lo sitúan ante un cambio delicado. Europa necesita siempre la santidad, la profecía, la actividad evangelizadora y de servicio de las personas consagradas.”²¹

No debemos olvidar también, dentro de la eficacia el papel del tiempo. Por la escasez de personal consagrado en Europa, las religiosas están llamadas a desarrollar más trabajos apostólicos. El tiempo es un don que Dios da para realizar dichas obras. Deberá por tanto aprender *el arte de utilizar el tiempo* para hacer más y mejor en menos tiempo. Y esto comporta una adecuada programación, siempre por prioridades.

Al ver otros campos en los que el hombre se afana por conseguir un bien material o un placer efímero y constatar como ese afán lo lleva a sofisticaciones y preparaciones minuciosas en la administración y programación del tiempo, resulta paradójico que, quienes por su consagración han prometido lo mejor al Esposo, se contentan con darle *las migajas del tiempo*. Migajas, no porque sea poco, sino porque no lo saben utilizar con inteligencia. Un hombre de negocios aprovecha y aplica mejor el tiempo y los medios para sacar adelante un negocio material que una mujer consagrada a servir al Señor de las cosas. Aprender a programar el tiempo es formar un corazón de apóstol.

²⁰ Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, *Caminar desde Cristo*, 19.5.2002, n.32

²¹ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28.6.2003, n. 37